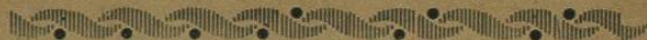


823
H.
DQ 2285
C A95
56

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
FONDO RICARDO COVARRUBIAS



CON TINTA ROJA

—o—

LA REVOLUCION DE JUNIO DE 1848

...En las trágicas jornadas de junio, de 1848, fué bruscamente invadida una de las plazas de París.

Aquella plaza, antigua, monumental, especie de fortaleza amurallada por un cuadrilátero de altas casas de ladrillo y piedra, defendióla un batallón mandado por un valiente oficial llamado Tomhem. Los temibles sublevados de junio se apoderaron de la plaza con la rapidez irresistible de las multitudes combatientes.

Hablemos aquí breve, pero claramente, acerca del derecho de insurrección.

¿La insurrección de junio estaba justificada?

Se siente uno inclinado a responder sí y no.

Sí, si se atiende al objeto, que era la instauración de la República; no, si se atiende a que era el asesinato de la República.

La insurrección de junio mataba lo que quería salvar. ¡Fatal error!

Sorprende tal contrasentido, pero cesa el asombro si se considera que la intriga bonapartista y la intriga legitimista, se mezclaban a la sincera

y formidable cólera del pueblo. La historia lo sabe hoy día, y la doble intriga la patentizan dos pruebas: la carta de Bonaparte a Rapatel, y la bandera blanca de la calle de San Claudio.

La insurrección de junio se equivocaba de ruta.

En la monarquía, la revolución es un paso hacia adelante; en la república es un paso hacia atrás.

La insurrección solo es un derecho cuando tiene en parte la verdadera rebelde, que es la monarquía. Un pueblo se defiende contra un hombre, y es justo que lo haga.

Un rey es una sobrecarga; todo de un lado, nada de otro; es, pues, necesario oponer un contrapeso a ese hombre excesivo; la insurrección no es otra cosa que un establecimiento de equilibrio.

La cólera es el derecho de las cosas justas; destruir la Bastilla es una acción violenta y santa.

La usurpación engendra la resistencia; la república, esto es, la soberanía del hombre sobre sí mismo y sobre él solo, como principio social absoluto, hace de toda monarquía una usurpación, aun legalmente proclamada, pues hay casos en que la ley contravine el derecho. Esas rebeliones de la ley deben ser reprimidas y solo pueden serlo por la indignación del pueblo.

Royer-Collard decía: «Si hacéis esa ley, juro desobedecerla».

La monarquía abre el derecho de insurrección. La República lo cierra.

En la República toda insurrección es culpable. Es la batalla de los ciegos.

Es el asesinato del pueblo por el pueblo.

En la monarquía, la revolución es legítima defensa; en la República, la insurrección es el suicidio.

La República tiene el deber de defenderse, aun contra el pueblo; pues el pueblo es la República de hoy, y la República es el pueblo de hoy, de ayer y de mañana.

Tales son los principios.

Así, pues, la insurrección de junio fué un error. ¡Ay!, lo que la hizo terrible, fué lo que tenía de venerable. En el fondo de aquel inmenso error palpitaba el sufrimiento del pueblo.

Fué la rebelión de los desesperados.

La República tenía un primer deber, reprimir aquella insurrección, y un segundo deber, amnistiarla. La Asamblea Nacional cumplió el primero, pero no el segundo. De esa falta habrá de responder ante la historia.

Hemos dicho estas cosas, como de paso, porque son verdaderas, y las verdades deben decirse, y porque las épocas turbulentas exigen ideas claras; ahora continuemos la comenzada narración.

Los sublevados penetraron en la plaza de que hemos hablado, por la casa número 6. Aquella casa tenía un patio, que por una puerta trasera comunicaba con un callejón. El portero, llamado Desmásières, abrió aquella puerta a los sublevados, que se precipitaron por ella en el patio, y luego en la plaza. Su jefe era un antiguo maestro de escuela destituido por M. Guizot.

Se llamaba Gobert, y ha muerto después, proscrito en Londres. Aquellos hombres penetraron en el patio, tempestuosos, amenazadores, andrajosos, algunos descalzos, armados de las armas que la casualidad da al furor: picas, hachas, martillos, sables viejos, malos fusiles, y con los ademanes poco tranquilizadores de la cólera y del combate, con la sombría mirada de los vencedores que se sienten vencidos. Al entrar en el patio gritó uno de ellos: «Esta es la casa de un Par de Francia». Aquel grito corrió por toda la plaza y llegó a los oídos de los habitantes, aterrados: «Van a saquear el número 6».

En efecto, uno de los inquilinos del número 6 era un antiguo Par de Francia, a la sazón, miembro de la Asamblea Constituyente. Ni él ni su familia estaban en la casa. Su habitación ocupaba todo el

segundo piso, con entrada por la escalera principal, y una salida a una escalera de servicio.

El antiguo Par de Francia era en aquel momento uno de los sesenta representantes enviados por la Constituyente para reprimir la insurrección, dirigir las columnas de ataque y mantener la autoridad de la Asamblea sobre los generales.

Cuando ocurrían aquellos hechos, hacía frente a la insurrección en una de las calles vecinas, secundado por su colega y amigo, el gran escultor republicano David d'Angers.

—Subamos a su habitación—gritaron los sublevados.

Entonces el terror llegó a su colmo en toda la casa.

Subieron al segundo piso. Llenaban la escalera principal y el patio. Una vieja que guardaba el piso en ausencia de los dueños, les abrió, aterrada. Entraron en masa, con su jefe a la cabeza. El piso, desierto, ofrecía el grave aspecto de un lugar de trabajo.

Al franquear la puerta, Gobert, el jefe, quitóse la gorra y dijo:

—Todo el mundo descubierto.

Todos se descubrieron.

Una voz gritó:

—Necesitamos armas.

Otra añadió:

—Si las hay aquí, las tomaremos.

—Desde luego—dijo el jefe.

La antecámara era una gran pieza severa, alumbrada por una ventana alta y estrecha, y amueblada con arcones de madera colocados a lo largo de la pared, según la antigua moda española.

Penetraron.

—A formar—dijo el jefe.

Y se alinearon de tres en tres, entre confusos murmullos.

—¡Silencio!—ordenó el cabecilla.

Todos callaron.

Y el jefe añadió:

—Si hay armas, las tomaremos.

La vieja les seguía temblorosa.

Desde la antesala pasaron al comedor.

—He aquí justamente lo que buscamos—exclamó uno de ellos.

—¿Dónde?—dijo el jefe.

—Ahí están las armas.

En una de las paredes del comedor había, en efecto, una panoplia.

El que había hablado continuó:

—Ved un fusil.

Y designaba con el dedo un antiguo mosquete de rueda, de una forma extraña.

—Es un objeto de arte—dijo el jefe.

Otro sublevado, de cabellos grises, dijo elevando la voz:

—En 1830 nos apoderamos de fusiles como ese en el Museo de Artillería.

El jefe repuso:

—El Museo de Artillería pertenecía al pueblo.

Y dejaron el fusil.

Junto al mosquete pendía un largo yatagan cuya hoja era de acero de Damasco y cuyo puño y vaina, toscamente trabajados, eran de plata maciza.

—¡Ah!—exclamó un sublevado,—esta sí que es buena arma. Es un sable y me quedo con él.

—De plata—gritó la turba.

Aquella palabra bastó. Nadie tocó el sable.

Entre la multitud había muchos traperos del arrabal de San Antonio, pobres hombres muy indigentes.

El salón estaba junto al comedor. Entraron en él.

Cubría la mesa un tapete en cuyos extremos se veían las iniciales del amo de la casa.

—Nos combate—dijo un sublevado.

—Cumple con su deber—dijo el jefe.

—Y entonces, ¿qué es lo que hacemos nosotros?

El jefe respondió:

—Nuestro deber también.

Y añadió:

—Nosotros defendemos a nuestras familias; él defiende la patria.

Aún viven testigos que oyeron estas tranquilas y hermosas palabras.

La invasión continuó, si puede llamarse invasión al lento desfile de una multitud silenciosa. Todas las habitaciones fueron recorridas. No se tocó a un solo mueble si se exceptúa una cuna. La dueña de la casa había tenido la superstición materna de conservar junto a su lecho la cama de su último hijo. Uno de los más feroces de aquellos desarra-pados, se aproximó a la cuna y la meció dulcemente; por algunos momentos se hubiera creído que meció a un niño dormido.

Y aquella turba le miraba con la sonrisa en los labios.

Al otro lado de aquella estancia se hallaba el despacho del amo de la casa, que tenía puerta a la escalera de servicio.

Los sublevados, atravesando todas las demás piezas llegaron a aquella.

El jefe hizo abrir la salida, pues tras los que llegaron primero, la legión de combatientes, dueños de la plaza, había entrado y llenado el piso, siendo imposible retroceder.

El gabinete ofrecía el aspecto de una habitación de estudio de la cual se ha salido para volver a trabajar. Todo estaba allí esparcido en el tranquilo desorden del trabajo comenzado. Nadie, excepto el dueño de la casa, penetraba en aquel gabinete; por eso reinaba allí la confianza absoluta. Había dos mesas, ambas llenas de los instrumentos de trabajo del escritor. Todo en ellas estaba revuelto, papeles, libros, cartas abiertas, verso, prosa, hojas sueltas, manuscritos en borrador.

Sobre una de las mesas estaban colocados en hilera algunos objetos preciosos, entre otros la brújula de Cristóbal Colón, con la fecha 1489 y la inscripción «La Pinta».

Gobert, se acercó a la mesa, tomó aquella brújula, examinóla curiosamente y púsola sobre la mesa, diciendo:

—Esto es único. Es la brújula que ha descubierto la América.

Junto a la brújula había varias joyas, sellos de lujo, uno de cristal de roca, dos de plata y uno de oro, joya cincelada por el maravilloso artista Froment-Meurice.

La otra mesa era alta, pues el dueño de la casa acostumbraba a escribir de pie.

Sobre aquella mesa estaban las últimas páginas de su obra interrumpida (*Los Miserables*), y sobre aquellas páginas una gran hoja llena de firmas. Aquel documento era una solicitud de los marinos del «Havre» pidiendo la revisión de las penas y atribuyendo las insubordinaciones de los tripulantes a la crueldad del Código marítimo. En el margen de aquella petición estaban escritas estas líneas de puño y letra del Par de Francia, representante del pueblo: «Apoyar esta petición. Si se acudiese en auxilio de los que sufren, si se adelantara uno a las reclamaciones legítimas, si se concediese al pueblo lo que al pueblo es debido, en una palabra, si se fuera justo, nos dispensaríamos del doloroso deber de reprimir las insurrecciones.»

Aquel desfile duró cerca de una hora. Todas las miserias y todos los furores pasaron por allí silenciosamente. Entraban por una puerta y salían por otra. Escuchábase a lo lejos el estampido del cañón.

Todos aquellos hombres volvieron al combate.

Cuando se hubieron marchado, cuando las estancias estuvieron vacías, se notó que aquellos pies desnudos no habían manchado nada, que aquellas manos ennegrecidas por la pólvora, nada habían tocado. No faltaba ningún objeto precioso, ningún papel había sido cambiado de lugar...

A ESPAÑA

Desde el siglo sexto al décimosexto, esto es, durante mil años, ha sido un pueblo, el primer pueblo de Europa, igual a Grecia por la epopeya, a Italia por el arte, a Francia por la filosofía; ese pueblo a tenido su Leónidas con el nombre de Pelayo, y su Aquiles con el nombre del Cid; ese pueblo ha comenzado por Viriato y ha concluido por Riego; tuvo un Lepanto, como los griegos un Salamina; sin él Corneille no hubiera creado la tragedia, ni Cristóbal Colón descubierto la América; ese pueblo es el pueblo indomable del Fuero Juzgo; casi tan defendido como Suiza por su relieve geológico, pues el Mulhacem es al Mont-Blanc como 18 es a 24, ha tenido su asamblea de las selvas, contemporánea del *forum* de Roma, mitin de los bosques en que el pueblo reinaba dos veces por mes, en el novilunio y en el plenilunio; ha tenido Cortes en León setenta y siete años antes que los ingleses tuviesen su Parlamento de Londres; ha tenido su juramento del Juego de Pelota, en Medina del Campo, bajo don Sancho; desde 1133, en las Cortes de Borja, ha tenido el tercer estado preponderante, y se ha visto en la asamblea de esa nación a una sola ciudad, como Zaragoza, enviar quince diputados; desde 1307, bajo Alfonso III, ha proclamado el derecho y el deber de insurrección; en Aragón ha instituido el hombre llamado Justicia, superior al hombre llamado Rey; frente al trono ha opuesto el temible *si non non ha* y rehusado el tributo a Carlos V. Al nacer, ese pueblo ha tenido en jaque a Carlomagno, y al morir, a Napoleón. Ese pueblo ha padecido

enfermedades y sufrido plagas, pero en resumen no ha sido más deshonrado por los frailes que los leones por los piojos. No han faltado a ese pueblo más que dos cosas: prescindir del papa y del rey. Por la navegación, por el comercio, por la invención aplicada al globo, por la creación de itinerarios desconocidos, por la iniciativa, por la colonización universal, ha sido una Inglaterra, con el aislamiento de menos y el sol de más. Ha tenido famosos capitanes, doctores, poetas, profetas, héroes, sabios. Ese pueblo tiene la Alhambra como Atenas el Parthenon, y un Cervantes, como nuestro Voltaire. El alma inmensa de ese pueblo ha arrojado sobre la tierra tanta luz que para ahogarla ha sido preciso un Torquemada; sobre aquella antorcha los papas han puesto su tiara, apagaluces enorme. El papismo y el absolutismo se han concertado para acabar con esa nación.

Después toda su luz la han convertido en llama, y se ha visto a España unida a la hoguera. Aquel quemadero desmesurado ha cubierto el mundo; su humo ha sido durante tres siglos el nubarrón horroroso de la civilización, y terminado el suplicio, acabada la guerra, se ha podido decir: esa ceniza es un pueblo.

Pero hoy renace la nación de esa ceniza.

Lo que es falso con respecto al fénix, es cierto con respecto al pueblo.

Ese pueblo renace. ¿Renacerá pequeño? ¿Renacerá grande? He ahí el problema.

España puede reconquistar su rango. Puede igualar a Francia y a Inglaterra, promesa inmensa de la Providencia. La ocasión es única. ¿La dejará escapar España?

¿Para qué sirve una monarquía más en el continente? España súbdita de un rey, súbdita de las potencias, ¡qué mezquindad!

Por otra parte, fundar una monarquía en estos momentos, es trabajar por cosa que ha de durar poco tiempo. La decoración va a cambiar.

Una República en España sería la paz en Europa, porque el alto dado a los reyes es la paz; serían Francia y Prusia neutralizadas; la guerra entre las monarquías militares imposible por el sólo hecho de la revolución presente, la mordaza puesta a Sadowa y a Austerlitz, la perspectiva de las matanzas reemplazada por la del trabajo y la fecundidad, Chassepot destituido en provecho de Jacquart; sería el equilibrio del continente bruscamente establecido a expensas de las ficciones, por el peso de la verdad de la balanza; sería la vieja potencia, España, resguardada por esa joven fuerza, el pueblo; sería bajo el punto de vista de la marina y del comercio, la vida devuelta a ese doble litoral que ha reinado sobre el Mediterráneo antes que Venecia y sobre el Océano antes que Inglaterra; sería Cádiz igual a Southampton, Barcelona igual a Liverpool, Madrid igual a París. Sería Portugal volviendo a España por la sola atracción de la luz y de la prosperidad; la libertad es amante de las anexiones. Una República en España probaría pura y simplemente la soberanía del hombre sobre sí mismo, soberanía indiscutible, soberanía sobre la cual no puede recaer votación; sería la producción sin tarifas, el consumo sin aduanas, la circulación sin trabas, el taller sin proletariado, la riqueza sin parasitismo, la conciencia sin prejuicios, la palabra sin mordaza, la ley sin mentira, la fuerza sin ejército, la fraternidad sin Caín; sería el trabajo para todos, la instrucción para todos, el cadalso para nadie; sería el ideal hecho tangible y lo mismo que hay la golondrina-guía. habría la nación-ejemplo. No hay peligro en el cambio. España democracia, es España ciudadela. La República en España sería la probidad administrando, la verdad gobernando, la libertad reinando, sería la soberana realidad inexpugnable; la libertad es tranquila porque es invencible, y es invencible, porque es contagiosa. El ejército en-

viado contra ella se vuelve contra el déspota.

He aquí porqué se la deja en paz.

La República en España, sería en el horizonte la irradiación de lo verdadero, promesa para todos, amenaza para el mal únicamente; sería ese gigante, el derecho, en pie en Europa, detrás de esa barricada llamada los Pirineos.

Si España renace monarquía, es pequeña.

Si renace República es grande.

Que elija.

Hauteville House, 22 octubre 1868.

A UN OBISPO QUE ME LLAMA ATEO

¿Ateo? Entendámonos de una vez para siempre, ministro del Señor. Espiarme, acechar mi alma, husmear, mirar por el ojo de la llave en el fondo del espíritu, indagar hasta dónde alcanzan mis incertidumbres, preguntar al infierno, consultar su registro de policía a través de su siniestro respiradero, para ver lo que niego o lo que creo... no te tomes tal trabajo, porque sería inútil. Mi fe es sencilla y la proclamo en alta voz. Me agrada la claridad y la franqueza.

Si se trata de un hombre honrado, de poblada barba blanca, de una especie de Papa o Emperador, sentado sobre un trono que en lenguaje teatral llámase bastidor, rodeado de nubes y con un pájaro sobre su cabeza, y a su derecha un arcángel y a su izquierda un profeta, sosteniendo en sus brazos a su pálido hijo desgarrado por los clavos uno y trino, escuchando los armoniosos sonidos del arpa, Dios celoso, Dios vengativo, que inscribe en un registro a Garasse, que anota al abate Pluche en la Sorbona y aprueba a Nonotte; si se trata de ese Dios que valida a Trublet, Dios que pisotea a cuantos derriba Moisés, consagrando a todos los regios bandidos en sus madrigueras, castigando a los hijos por las faltas de sus padres, deteniendo el sol al anochecer, a riesgo de que se rompa instantáneamente el gran resorte, Dios mal geógrafo y no mejor astrónomo, inmensa y pequeña falsificación del hombre, encolerizado y haciendo morisqueas al género humano, empuñando un sable a semejanza del Padre Duchesne, Dios que de buena gana condena y raras veces perdona, que sobre

una injusticia consulta la imagen de la Virgen; Dios que en su azulado cielo cree deber imitar nuestros defectos y se complace en medio de las plagas, así como los mortales nos complacemos en vernos rodeados de querida jauría; que turba el orden, lanza sobre nosotros a Nemrod y a Cyro; hace que nos muerda Cambises y arrojarnos entre piernas a Atila; sí, ministro del Señor, sí, soy ateo para ese buen Dios.

Pero si se trata del sér absoluto que condensa el ideal en toda su evidencia, por el cual manifestando la unidad de la ley puede el universo, así como el hombre, decir yo: del sér cuya alma siente en el fondo de la mía, del sér que me habla en voz baja, e inconstantemente reclama en favor de lo verdadero y ataca lo falso, entre los instintos cuyo oleaje nos sumerge a medias; si se trata del testigo que unas veces acaricia mi oscuro pensamiento y otras lo punza, según que en mí, remontándome al bien o cayendo en el mal, siento engrandecerse el espíritu o crecer el instinto animal; si se trata del prodigio inmanente que se siente vivir más de lo que nosotros vivimos y con que se embriaga nuestra alma cada vez que se muestra sublime yendo donde voló Sócrates, donde Jesús llegó, por lo justo, lo verdadero, lo bello, directamente al martirio, cada vez que un gran deber atráela hacia el antro, cada vez que se encuentra envuelta en gigantesca tempestad, cada vez que tiene la angusta ambición de ir a través de la infame sombra que abomina y del otro lado de la noche, en busca de la aurora, ¡oh, ministro del Señor! si se trata de ese alguien profundo que las religiones no hacen ni deshacen, que adivinamos bueno y presentimos sabio, que carece de contornos así como de rostro, pero no de hijos, ya que su paternidad y su amor son más vastos que la luz estival; si se trata de ese desconocido que no nombra, ni explica, ni comenta ningún Deuteronomio; que los Calmets tampoco pueden leer en

ningún Esdras, que el niño en su cuna y los muertos en su mortaja divisan vagamente desde abajo como una cima, Altísimo no comible en ningún pan ácimo, que no se enfada porque se profesen mútuo amor dos corazones, y que ve la naturaleza donde tú ves el pecado; si se trata de ese Todo vertiginoso de los seres que habla por la voz de los elementos, sin sacerdotes, sin biblias, ni carnal ni oficial, que tiene el abismo por libro y el cielo por templo, luz, vida, alma, invisible en fuerza de ser enorme, impalpable hasta el punto de que fuera de la forma de las cosas que disuelve aéreo soplo, se vislumbra en todo sin ofrecer asidero; si se trata del supremo inmutable solsticio de la razón, del derecho, del bien, de la justicia, en equilibrio con el infinito ahora, antes, hoy, mañana, siempre, dando su duración a los soles y la paciencia necesaria a los corazones, que, claridad fuera de nosotros, en nosotros mismos es conciencia; si de ese Dios se trata, del que ha lucido siempre en la aurora y en el sepulcro, siendo lo que empieza y lo que vuelve a empezar; si se trata del principio eterno, sencillo, inmenso, que piensa puesto que es, que de todo es el lugar, y que a falta de otro nombre llamo Dios, en tal caso, todo cambia, en tal caso nuestros espíritus se vuelven, el tuyo hacia la noche, sima y cenegal do moran las risas, las puerilidades, visión siniestra. y el mío hacia el día, santa afirmación, himno, deslumbramiento de mi alma arrobada; en tal caso, ministro del Señor, yo soy el creyente y el ateo tú.

LAS LEYES

La mitad de los Códigos los compone la rutina, la otra mitad el empirismo.

El sentimiento del derecho desarrollado, desarrolla el sentimiento del deber.

V. H.

I

Los crímenes del hombre empiezan en la vagancia del muchacho.

El niño vagabundo es el corolario del niño ignorante.

El pilluelo es un sér dotado de todo lo inútil y falto de todo lo preciso.

El pilluelo es un ser que se distrae porque es desgraciado.

Toda la monarquía se encierra en el papa-moscas, y toda la anarquía en el pilluelo.

II

El creciente peligro del alma humana, no es solo un motivo para ensanchar el ánimo; y sufriendo, se embellece la causa, y se afirma el derecho; y cuando más grande se es, más justo se parece.

Sin dulzura no puede haber justicia.

En las caídas del derecho no hay desesperación posible.

No cerrándose los presidios y no abriéndose las escuelas, nada se crea para los desheredados y para los trabajadores.

Es espantoso pensar que la apreciación que se llama juicio no es la justicia; el juicio es lo relativo y la justicia es lo absoluto. Reflexionad sobre la diferencia que existe entre un juez y un justo.

La aproximación a las gentes de justicia, es tan singular y tan temible, que hasta cuando nos absuelven queremos escapar a su contacto.

III

La ley de todos es la libertad.

La dignidad del ciudadano es una armadura interior; el que es libre, es escrupuloso; el que vota, reina.

El tratado de los delitos está calcado sobre el espíritu de las leyes.

El trabajo, no puede ser una ley, sin ser un derecho.

Destruir los fanatismos y venerar lo infinito, esta es la ley.

IV

El presidio es un vejigatorio absurdo, que hace absorber, después de empeorarla, casi toda la mala sangre que extrae.

El presidio hace el presidiario.

Siempre que el miserable tiene ocasión de pensar, se hace pequeño ante la ley y raquítico ante la Sociedad; se inclina, suplica, se vuelve del lado de la piedad, se le ve reconocer su falta.

Las atenciones del carcelero hieden a cadalso.

El inconveniente de los calabozos está en que dejan pensar a los seres a quienes debería hacerse trabajar.

El preso está sujeto a la fuga, como el enfermo a la crisis que le salva o le pierde.

El que ha estado en presidio sabe el arte de

encogerse según el diámetro del agujero de las evasiones.

Los ladrones no interrumpen su profesión aunque estén en manos de la justicia.

Estar presos por un crimen, no impide planear otro; son como los pintores que tienen un cuadro en la exposición y no por esto dejan de trabajar en alguna obra nueva en su taller.

La argolla del presidiario condena a muerte a la inteligencia.

El presidiario es el sér que en la escala social carece hasta de sitio, por hallarse más bajo del último escalón. Después del último de los hombres, viene el presidiario. El presidiario no es, por así decirlo, hermano de los demás vivientes. La ley le ha sustraído toda la cantidad de humanidad que puede quitar a un hombre.

V

El Fiscal del crimen es un hombre que se gana la vida enviando a los demás al patíbulo. Es el proveedor particular de la plaza de la Grève. Tiene pretensiones y ribetes de literato. En el debate siempre se inclina del lado del cadalso; ese es el papel que su oficio le obliga a desempeñar. Su grande obra literaria es la acusación, adornándola de metáforas y perfumándola con numerosas citas; conviene que agrade a la Audiencia y halague los oídos de las damas. Nunca llama las cosas por su nombre, presenta siempre su idea ataviada con mil epítetos y adjetivos. Suda sangre y agua, para encajar la cabeza de un acusado en el artículo más fatídico del Código. Cercena, con una ley mal pergeñada, la cabeza de un infeliz. Pone en infusión un baturrillo de tropos y de sinécdoques, dos o tres textos venenosos para exprimirlos y extraer penosamente la muerte de un hombre. Parece que mientras escribe, está bajo su mesa, el verdugo,

acurrucado en la sombra, y que de vez en cuando suelta la pluma para decirle como el amo al perro: — ¡cállate, cállate! ¡pronto tendrás un hueso para entretenerte!

VI

El patíbulo es un monstruo fabricado por el Juez y el carpintero. Es el fantasma de la justicia social.

El patíbulo es cómplice del verdugo, devora, come carne y bebe sangre.

En las crisis sociales, el patíbulo más abominable, más funesto, el más venenoso y digno de extirpación, es el político.

El patíbulo es el único árbol que no han podido desarraigar las revoluciones.

En tiempos de revolución, guardáos de cortar la primera cabeza porque el pueblo querrá ensañarse con las demás.

VII

Brutal con todos, la ley castiga el hecho con la muerte.

Se llama hacer justicia el deshorrar y arruinar a la familia del ajusticiado.

La pena de muerte es una amputación bárbara.

El crimen no se remedia con el crimen, por esto el asesino no debe ser asesinado.

La apelación de una sentencia de muerte, es una cuerda que tiene suspendido al hombre sobre el abismo, y a cada instante cruge cual si fuera a romperse y en efecto se rompe.

Los legisladores solo han visto en la ejecución de un reo, la caída vertical de una cuchilla triangular, creyendo sin duda que para la pobre víctima, nada hay antes ni más allá del patíbulo; no han pensado nunca en los padecimientos del espíritu. Creen haber obtenido un triunfo, ya que

pueden matar ahorrando algunos sufrimientos al cuerpo.

Bueno es tener tranquila la conciencia mientras corre la sangre, pero mejor sería impedir que ésta corriese.

La sociedad no debe castigar para vengarse, sino corregir para mejorar.

Llegará un tiempo en que sólo la atmósfera de la civilización desterrará la pena de muerte.

De un siglo a esta parte, la pena de muerte agoniza.

Ha desaparecido el tormento, la rueda, la horca; la guillotina es un progreso.

M. Guillotín era un filántropo.

El vetusto maderamen de la pena de muerte, cruge y va a caer.

El edificio social del pasado descansa sobre tres columnas, el sacerdote, el rey y el verdugo. Tiempo ha alguien dijo: ¡los dioses se van! Últimamente se ha oído una voz que decía: ¡Desaparecen los reyes! Hora es pues, que se oiga otra voz que exclame: ¡El verdugo se va!

El orden no desaparecerá con el verdugo. La bóveda de la Sociedad futura no desaparecerá por faltarle esa hedionda clave.

La penalidad ha de transformarse considerando al crimen como una enfermedad, cuya enfermedad tendrá sus médicos que reemplazarán a los jueces, haciendo los hospitales las veces de los presidios, siendo la caridad el tratamiento de una dolencia, hasta ahora, tratada por la cólera y la pasión.

El pueblo tiene hambre, el pueblo tiene frío; la miseria lo arrastra al crimen o al vicio, según el sexo. Tened piedad del pueblo, al que el presidio roba sus hombres y el lupanar sus mujeres; hay ya demasiados galeotes y demasiadas prostitutas. ¿Qué prueban esas dos úlceras? Que el cuerpo social tiene un vicio en la sangre: ocupáos de este mal. Tratáis equivocadamente esta enfer-

medad, estudiadla mejor. Las leyes que sobre esto promulgáis, no son más que paliativos.

La pena infamante era una cauterización que gangrenaba la llaga; insensata es la pena, que para toda la vida sella y remacha el crimen en el criminal, y estrecha para siempre el delito al delincuente como si fueran dos amigos, dos compañeros inseparables!

La pena infamante, el presidio, y la pena de muerte son tres cosas que se sostienen mutuamente; se ha suprimido la pena infamante, para ser lógicos deben suprimirse las otras dos. El hierro ardiente, el grillete y la cuchilla, eran tres partes de un silogismo; se ha suprimido el hierro ardiente; el grillete y la cuchilla carecen ya de sentido.

Deshaced la antigua y coja escala de los crímenes y de las penas y construídla de nuevo. Rehaced la penalidad, rehaced los códigos, rehaced las prisiones, rehaced los jueces. Llevad las leyes al paso de las costumbres.

Se cortan demasiadas cabezas cada año; ya que tratáis de ahorrar, economizad la sangre; ya que entráis en el camino de las supresiones, suprimid el verdugo; con el sueldo de los verdugos podéis pagar maestros de escuela.

Ocupaos de la masa del pueblo que necesita escuelas para los niños y talleres para los hombres.

Id a los presidios, reunid a vuestro alrededor a toda la chusma, examinad uno a uno a todos los condenados por la ley humana. Penetrad la expresión de sus perfiles, estudiad sus cráneos; cada uno de esos hombres que ha caído, encierra un tipo bestial; parece que cada uno de ellos, sea el punto de intersección entre una especie animal, y la humanidad. Este es el del lobo, ese el del gato, aquel el del mono, unos el del buitre, otros el de la hiena. De esas pobres cabezas mal formadas, el primer error proviene de la naturaleza sin duda alguna, pero el segundo proviene de la educación. La naturaleza bosquejó mal, pero la educación re-

tocó mal el monstruo. Dirigid hacia aquí vuestros estudios. Reformad lo mejor posible esas cabezas desgraciadas para que pueda crecer la inteligencia que dentro de ellas existe.

Las naciones tienen el cráneo mejor o peor configurado, según sus instituciones. Roma y Grecia tenían la frente muy grande: abrid cuanto podáis el ángulo facial del pueblo.

Cuando el pueblo sepa leer, no dejéis sin dirección la inteligencia que habréis desarrollado, porque eso equivaldría a otro desorden. La ignorancia vale más que la falsa ciencia. Acordaos de que existe un libro más filosófico que *El compadre Mateo*, más popular que *El Constitucional*, más eterno que la *Carta de 1830*, y que este libro es la Santa Biblia.

Hágase lo que se quiera, la muchedumbre, la mayoría será siempre relativamente pobre, desgraciada y triste; a su cargo correrá siempre el trabajo penoso. Examinad esta balanza; todos los gozos en el platillo del rico, todas las miserias en el platillo del pobre. ¿No son desiguales las dos partes? ¿La balanza no debe necesariamente inclinarse y el Estado con ella? Sin embargo, en el lote del pobre, en el platillo de sus miserias, arrojad la certidumbre de un porvenir celestial; arrojad la aspiración de la felicidad eterna; arrojad el Paraíso, que es un magnífico contrapeso, y restableceréis el equilibrio; así la parte del pobre es tan grande como la del rico. Esto lo sabía Jesús, que sabía más que Voltaire.

Dad al pueblo, que trabaja y que sufre; dad al pueblo para el que el mundo es malo, la creencia de un mundo mejor, creado para él. Estará tranquilo y tendrá paciencia, que la paciencia la proporciona la esperanza.

Intrad los pueblos de Evangelios; repartid una Biblia en cada cabaña; que cada libro y cada campo produzcan un trabajador moral.

Ocupaos de la cabeza del hombre del pueblo, que

esta cabeza está llena de gérmenes útiles; emplead, para que madure y dé el fruto que debe dar, lo que sea más luminoso y más atemperado a la virtud; el hombre que asesinó en los caminos reales, quizás, bien dirigido, hubiera sido un ciudadano excelente.

Cultivad, desmontad, regad, fecundizad, moralizad y utilizad la cabeza del hombre del pueblo; así no tendréis necesidad de cortarla.

El género humano está en el calabozo, y son muchos los sentenciados inocentes. Carecen de luz, de aire, de virtud, y, lo que es peor, esperan tener todo eso.

Seres hay que viven muriendo, hay jóvenes que comienzan a prostituirse a los ocho años, y que llegan a la vejez a los veinte. Las severidades penales son espantosas.

Vivís engañados, equivocasteis el camino. Aumentáis la pobreza del pobre para aumentar la riqueza del rico; obráis al revés de como debierais obrar. ¡Lo que quitáis al trabajador se lo dais al ocioso; lo que tomáis al desarrapado se lo dais al que va bien vestido; lo que arrebatáis al indigente lo destináis al príncipe! ¡Tened piedad de los pobres! Graváis los tributos en beneficio del trono. ¡Temed las leyes que promulgáis! ¡Temed al hormiguero que estáis aplastando! ¡Bajad la vista y mirad a vuestros pies. Existen miserables; ¡tened compasión de ellos y de vosotros mismos! Las muchedumbres agonizan, y muriendo lo de abajo lo de arriba ha de morir forzosamente.

IMAGENES Y PENSAMIENTOS

Los buenos pensamientos tienen sus abismos como los malos.

Ciertos pensamientos son oraciones. Hay momentos en los cuales sea cual fuere la actitud del cuerpo, el alma está de rodillas.

—
Observar, es trabajar; pensar, es producir.

—
Las naturalezas groseras se parecen a las naturalezas sencillas, en que en ellas no hay transiciones.

—
El hombre vive de afirmación más que de pan.

—
No existe la nada. El cero no existe. El todo es algo. La nada es nada.

—
El *No* solo tiene una respuesta, el *Sí*.

—
Tomar por deber un error austero, no deja de tener su grandeza.

—
El enterrador es un hombre que a fuerza de cavar fosas ajenas va abriendo la propia.

—
Lo absoluto, por su misma rigidez, impulsa el ánimo hacia lo etéreo y le hace flotar en los espacios infinitos.

—
Nada hay como el dogma para producir la meditación, y nada como la meditación para engendrar el futuro.

—
La utopía de hoy es la carne y el hueso del mañana.